

Faint, illegible text visible through the paper from the reverse side of the page.

LIBRO TERCERO.

LA RELIGION DEL PORVENIR.



CAPÍTULO PRIMERO.

NECESIDAD DE UNA RENOVACION RELIGIOSA.

§ I.—Preocupaciones filosóficas contra la religion.

I.

Reconocen amigos y enemigos que el cristianismo tradicional se disuelve. Los católicos dicen que el protestantismo está en plena decadencia, que se va; los protestantes, por su parte, no cesan de buscar medios para reanimar la vida religiosa en el seno de las Iglesias reformadas. Igual indiferencia y aún mayor incredulidad reinan en las sociedades católicas. Á medida que los hombres se elevan al pensamiento libre, se desligan del cristianismo dogmático. En cuanto á las clases que no piensan, si conservan hábitos religiosos, han perdido la fe. ¿Hay que recordar la revolucion del 48? ¿Eran cristianos, por ventura, los millares de obreros que derramaron su sangre por el socialismo? El abismo abierto á sus piés hizo temblar al viejo mundo, que volvió entónces sus ojos al Cristo, cuya adoracion habia olvidado. Pero la reaccion católica, lo mismo que la protestante, es un movimiento superficial no más. Si los templos se llenan, quedan vacíos los corazones.

La falta de creencias religiosas coincide con un aumento en la riqueza pública como nunca se habia visto: el materialismo es, pues, una consecuencia inevitable. No se quejan sólo los papas, los obispos y pastores en sus monótonas lamentaciones; todos cuantos creen en el alma gritan alarmados. "La civilizacion, dice Chateaubriand, ha subido á la cúspide, pero es civilizacion material, estéril, que nada puede producir, porque sólo la moral da la vida; no se llega á la creacion de los pueblos sino por las sendas del cielo. Los caminos de hierro nos llevarán si acaso más de prisa al abismo," (1). No preguntarémos si el destino humano es vivir una vida completamente material; sería calumniar la especie humana. No es un materialismo grosero el destino de seres que poseen facultades intelectuales y morales. La humanidad, dotada de una perfectibilidad infinita, no se dejará jamas confinar á esta tierra y aprisionar en esta vida; siempre creará en una evolucion más allá de la tumba. Lo cual es decir que tendrá siempre una religion.

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de Ultratumba*.

Hay pensadores, sin embargo, espíritus superiores, que niegan esta verdad. Se pretende, dice Vacherot, que la religión, ya que es un hecho permanente en la historia, debe responder á una necesidad indestructible, á un sentimiento eterno. Nada de eso. El filósofo francés sostiene que las religiones son obras de la infancia del espíritu humano. El hombre, niño, pueblo ó individuo, no cree en la palabra humana cuando sale de labios de sus sabios; necesita que venga de otra fuente, y la busca en el cielo; otra autoridad, y la halla en una revelación sobrenatural. La imaginación y el entusiasmo se prestan maravillosamente á esta necesidad. Tal es la ilusión, que el hombre que habla, lo propio que el que escucha, cree sinceramente en la inspiración de un espíritu superior, en la aparición de personajes divinos que revelan la verdad divina. Así se han formado y establecido todas las religiones, desde el grosero fetichismo del salvaje hasta el cristianismo, el más metafísico, el más profundo, el más perfecto, el último de los sistemas religiosos.

Lo cual es decir que la religión que se supone eterna es sólo un error pasajero. Sin duda, si la revelación milagrosa es de esencia de la religión, es preciso decir que el cristianismo es la última de las religiones y que la religión se va, como se van los sueños de la infancia. Pero ¿no hay acaso un cristianismo, el único verdadero, el solo auténtico, que repudia lo sobrenatural y los milagros? ¿No hay un cristianismo que se llama protestante? Y en el seno de este cristianismo, ¿no hay una escuela, más aún, sociedades religiosas que rechazan abiertamente los milagros y lo sobrenatural, que dicen que el cristianismo es una moral no más, y que este cristianismo sin dogmas, sin revelación milagrosa, es el de Jesucristo mismo? El filósofo francés que combatimos padece una confusión común en Francia y en los demás países católicos: educados en la creencia de que el catolicismo es la religión verdadera, la única religión, los libres pensadores continúan pensando que no hay más religión cristiana que el catolicismo, y extienden al cristianismo la antipatía que les inspira una falsa copia del cristianismo de Jesús (1). Si hay una re-

(1) RÉVILLE, en el *Disciple de Jésus-Christ*, 1863, p. 163, dice que esta confusión reina en Francia. Reina en todos los países católicos.

ligión que se practica y qué pretende ser el verdadero cristianismo; si esta religión rechaza el milagro y lo sobrenatural, no se dice verdad al afirmar que, siendo la revelación un error del espíritu humano en su infancia, la religión también es una ilusión, no más, de la infancia de la humanidad.

M. Vacherot insiste y dice que las religiones responden, no á un sentimiento eterno, sino á un estado transitorio de la humanidad. "Hace ya mucho que lo dijeron los sabios, sin darse cuenta del alcance de sus palabras: *Las religiones son las nodrizas é institutrices del género humano*. Toman al hombre en la cuna y lo conducen á la edad viril. Allí acaba, ó debe acabar al ménos, su papel. Al salir de sus manos, entra el hombre en el imperio de la ciencia y de la libertad. No necesita ya más tutela que su razón, otra guía que su conciencia, ninguna autoridad que no sea la evidencia misma. Ya no le es preciso creer, puesto que ve: la ciencia vale más que la fe. Desgraciadamente la infancia de los pueblos y de los individuos es larga; para algunos dura toda la vida. Á más de los idiotas y los pobres de espíritu, hay naturalezas escogidas en las cuales el sentimiento y la imaginación dominan hasta el punto de ahogar el pensamiento viril. Por otra parte, las religiones que se creen eternas prolongan esta infancia para que dure más su imperio. Educan al hombre como si nunca hubiese de llegar á la mayor edad y de modo que necesite siempre su tutela. Pero en vano; el espíritu del hombre, individuo ó sociedad, despierta, tarde ó temprano, á la razón, á la ciencia, á la libertad. Llega un día en que comprende su derecho, su dignidad, su destino verdadero; entonces toma por sí mismo lo que se le niega, arranca lo que se le detenta," (1).

Añade M. Vacherot que el espíritu humano, en el encono de la lucha y tras los sufrimientos de una larga esclavitud, olvida, quizás demasiado, el respeto que debe á la que lo mecía en la cuna, lo llevó en sus brazos, lo amamantó á sus pechos y lo sostuvo y guió en sus primeros pasos. Pero ¿de quién es la culpa, exclama luego, si halla un tirano en la bienhechora institutriz, una madrastra en la nodriza cariñosa de los primeros días! ¿No sería acaso M. Vacherot mismo uno de estos esclavos su-

(1) VACHEROT, *La Métaphysique et la Science*, t. 1, p. 130-132. Publicadas ya estas páginas, M. Vacherot ha desenvuelto las mismas ideas en una obra especial, intitulada: *La Religion*.

blevados? Hay mil razones para repudiar una tutela religiosa que es sólo tiránica. Pero ¿quién es el tirano? La Iglesia católica. Los que han llevado las cadenas con que los cargó algún día esta buena madre, razón tienen para romperlas, y se les perdona de buen grado, cuando no son indulgentes con aquella que los ha tiranizado bajo la máscara de la caridad. Pero su injusticia no tiene excusa cuando maldicen por igual la religión que oprime la razón y la que enarbola el estandarte del pensamiento libre. Vaya M. Vacherot á Suiza y Holanda ó asista al sermón de un pastor protestante liberal en París ó Estrasburgo: oirá condenar toda especie de dominación sobre las almas á unos hombres que hablan en nombre de Cristo; los oirá proclamar esta gran verdad: que sin la libertad del espíritu no hay libertad alguna posible; oirá decir que el hombre es mayor de edad y que no necesita ya tutela. Hay, pues, religión y religión, hay cristianismo y cristianismo. Si hay uno que encadena las almas, hay otro que las libera. ¿Por qué no dan la mano los filósofos á los hombres que persiguen el mismo fin que la filosofía?

La ciencia vale más que la fe, dice M. Vacherot. Si, cuando la fe, en vez de ayudar al desarrollo intelectual y moral, lo entorpece y encadena. Tal es la fe católica: implica una revelación sobrenatural que la razón ha de aceptar sin comprenderla, á que ha de someterse ciegamente la conciencia; implica la dominación de una Iglesia, depositaria y órgano de la verdad absoluta. Pero ¿no hay otra fe? Cuando M. Vacherot opone la fe á la ciencia, habla sin duda como católico. Hay otra fe que se inspira en la ciencia, y en cada progreso de ésta ve una nueva razón para glorificar á Dios y exaltar al hombre. ¿Tendría la ciencia motivo alguno para rechazar esta fe? ¿Pretendería reemplazarla? M. Vacherot cita los sabios. Uno de ellos ha dicho que la religión es la educación del género humano. ¿Pensaría Lessing que la religión debe educar á la humanidad sólo en su infancia, y que, llegado á la edad madura, puede el hombre prescindir de su institutriz? Esto sería decir que la educación acaba á los veintinueve años, siendo así que nuestra vida entera es una educación progresiva, ya que toda ella no tiene otra misión que el desenvolvimiento de nuestras facultades intelectuales y morales. ¿Ó sería Lessing de parecer de que durante la infancia se debe educar al hombre con fá-

bulas y errores, á reserva de reemplazar estos ensueños con la ciencia, llegado el hombre á la edad de la razón? Este es seguramente el pensamiento de M. Vacherot. En nombre de la conciencia protestamos con todas nuestras fuerzas contra este concepto tan degradante de la educación y la religión. Tan no se alimenta con veneno la infancia como la edad madura, y el mejor modo de viciar la razón es emponzoñarla en la cuna del niño. Comenzar cegando el espíritu humano para hacerle ver luego la luz en todo su brillo, es, ciertamente, un medio peregrino de elevar al hombre á la verdad. ¿Y había de ser este medio el escogido por Dios al enviar á la humanidad los grandes personajes que llamamos reveladores, Moisés, Zoroastro, Buddha, Jesucristo y Mahoma!

Las preocupaciones de los filósofos contra la religión envilecen ésta más aún. Hay individuos, se dice, hay pueblos que siguen siendo niños siempre: son éstos los idiotas y los de espíritu corto. No tomaremos esta injuria al pie de la letra. Una cosa hay cierta, y es que, á pesar de todos los progresos imaginables de la civilización, siempre serán los ménos los que podrán consagrarse al rudo y largo trabajo de la ciencia; en este sentido, la infancia del género humano será perpetua. ¿Qué es, pues, la ciencia que vale más que la fe y para quién se hace? ¿Para un hombre solo por cada mill? Quedan novecientos noventa y nueve á quienes falta capacidad ó desahogo para hacer estudios científicos; ¿qué va á ser de ellos? M. Vacherot dice que la religión cristiana está ya muerta; que no vive en las conciencias, aunque subsista en los hábitos, en las costumbres, en las instituciones; que fuera de algunas almas débiles ó fatigadas, el espíritu moderno va á buscar la luz y la inspiración en la ciencia y la filosofía. No habla de la muchedumbre que se deja llevar al templo por hábito ó por imitación. De modo que el error y la superstición son el patrimonio de las masas y la verdad el lote de algunos privilegiados. Tal estado de cosas ¿debe y puede cambiar? M. Vacherot se inclina á presumir que el cristianismo acabará por desaparecer, como desapareció el paganismo; podrá arrastrar aún largo tiempo un resto de vida, pero está herido en el corazón. Sea; pero ¿qué va ser entonces de las turbas, es decir, de la humanidad? No irá ya ni al templo, ni á la iglesia, ni á la sinagoga; ¿irá á la escuela de los filósofos? ¿Reemplazarán la